Vicente Rodríguez García, *Las iniciativas americanistas de Vicente Rodríguez Casado (1942-1949)*, Sevilla, Fundación de Cultura Andaluza, 2018, 243 pp.

Las publicaciones sobre Vicente Rodríguez Casado (Ceuta, 1918 – Madrid, 1990), uno de los primeros miembros numerarios del Opus Dei, se han incrementado últimamente: cfr. el artículo del que firma estas líneas, *Vicente Rodríguez Casado: niñez, juventud y primeros años en el Opus Dei (1918-1940)*, recogido en SetD 10 (2016), pp. 195-257; la biografía de Antonio Cañellas y César Olivera, *Vicente Rodríguez Casado. Pensamiento y acción de un intelectual*, Madrid, Ediciones 19, 2018, y la obra colectiva que comenta esta biografía, coordinada por José Andrés-Gallego y publicada en Madrid en 2019 por Ideas y Libros Ediciones. Damos la bienvenida ahora a la obra que comentamos, sugerente y particular a la vez.

Vicente Rodríguez García es doctor en Historia de América por la Universidad de Sevilla. Entre sus obras destacan *El Gobierno de don Gaspar Antonio de la Torre y Ayala en las Islas Filipinas 1739-1745* (1976) y *El Fiscal de la Real Hacienda en Nueva España (Don Ramón de Posada y Soto, 1781-1793* (1986). A pesar de su nombre y primer apellido, no es pariente de Vicente Rodríguez Casado, pero sí le trató con asiduidad desde 1967 hasta su muerte. El autor del libro ha realizado una meticulosa tarea de rescate y ordenación del archivo personal de Rodríguez Casado, y lo ha depositado posteriormente en el Archivo General de la Universidad de Navarra, entre los Fondos personales (AGUN/VRC), siguiendo la voluntad testamentaria del profesor ceutí. El mismo autor, como describe en la p. 27, ha organizado el Archivo, donde ha creado un Fondo Sevillano (AGUN/VRC/FS) a su vez dividido en dos secciones: correspondencia y otros documentos. Con gran honradez, advierte que «lo que el lector encontrará en este libro y lo que no hallará. Considero que es un libro peculiar, no es un libro al uso pues en él encontrará una colección de documentos entrelazados según unas partes determinadas por mí» (p. 25). Es decir, un libro que ni es una guía archivística ni tampoco un relato histórico, sino más bien una presentación de lo que puede encontrarse el investigador al bucear en los documentos del AGUN/VRC/FS.

Con estos presupuestos, Rodríguez García se centra en los años 1942-1949, es decir, el primer periodo de estancia sevillana de Rodríguez Casado, años en los que volcó su energía en la realización de tres grandes empresas: la Escuela de Estudios Hispano Americanos, la Universidad de la Rábida y las dos primeras Asambleas Americanistas de 1943 y 1947, a los que dedica sendos capítulos, más otro de índole misceláneo. Prevalece en el libro una idea de "hacer justicia" al personaje Vicente Rodríguez Casado, demasiado olvidado por la historiografía y por las propias instituciones que promovió. Todo ello escrito con sobriedad, ateniéndose a los documentos que cita masivamente en forma reiterada, siendo estas referencias archivísticas una de las aportaciones más importantes del volumen.

En el primer capítulo, dedicado a la Escuela de Estudios Hispanoamericanos, se muestra su erección, el 10 de noviembre de 1942, es decir mes y medio después de la

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

llegada de Rodríguez Casado a Sevilla. Naturalmente, su condición de Delegado del CSIC en Sevilla y sus buenos contactos con el CSIC en la época anterior de Madrid pueden explicar hasta cierto punto tan temprana aprobación. En ese momento, el profesor ceutí tenía tan sólo veinticuatro años y consideró prudente no ser nombrado director de la Escuela –lo fue como subdirector–, además de que desconocía por completo el ambiente social sevillano. Sólo entre 1951 y 1957 fue oficialmente director de la Institución. La Escuela deseaba encauzar las vocaciones americanistas de diversos ámbitos –investigación histórica, jurídica, literaria– en el mundo universitario. En un primer momento se llevaban a cabo actividades docentes –se creó un Diplomado en Estudios Hispanoamericanos–, hasta que en 1945 se trasladaron a la Universidad de Sevilla, donde se creó la Sección de Historia de América de la Facultad de Filosofía y Letras; es decir, la Escuela, una vez logrado su impulso por "generar americanismo" en la Universidad de Sevilla, se concentró en la investigación, dependiendo exclusivamente del CSIC.

Dentro de la vida de la Escuela, algunos de los centros de intereses de Rodríguez Casado fueron la creación de una imprenta (1943), el inicio de una serie de monografías (1944), la Residencia de estudiantes para varones (1946), y la creación de las revistas *Anuario de Estudios Americanos* (1944), actualmente vigente, y *Estudios Americanos* (1947). Los documentos presentados por el autor muestran la mole de trabajo que Rodríguez Casado desarrolló para sacar adelante la Escuela, verdadero eje de todo su trabajo académico en esos años. Fue necesaria una intensa relación con entidades oficiales para financiar proyectos variados, y continuos contactos científicos para dar excelencia a las actividades. Como muestra en una carta de 1947 el profesor ceutí decía: «Toda colaboración es poca» (p. 67). El resultado fue la creación de una Escuela de prestigio, donde se albergaban grandes científicos de muy variadas extracciones ideológicas (sólo excluidas las anticatólicas). Aunque la actual Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla no parece reconocer a su fundador y propulsor (su figura es ignorada por la mayoría) debe su actual prestigio a los desvelos del protagonista del presente trabajo.

El segundo capítulo se dedica a la Universidad de La Rábida, uno de los aspectos más conocidos de la vida de Vicente Rodríguez Casado, por la gran cantidad de estudiantes que pasaron por sus aulas desde 1943 a 1974. Allí, el contacto personal con la cálida, envolvente y enriquecedora personalidad de Rodríguez Casado dejó una honda huella en muchos de ellos. El primer curso se celebró en septiembre de 1943, aún sin cobertura jurídica, pues la aprobación oficial del Estado llegó el 2 de enero de 1944, siendo nombrado rector José Mariano Mota Salado. Como director oficial del primer curso aparecía el rector de la Universidad de Sevilla, pero la dirección ejecutiva la llevaba Rodríguez Casado y las actividades se presentaban como dependientes de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos. La documentación aportada presenta las gestiones de preparación y desarrollo del curso, que hablan de la seriedad con la que se quería empezar la iniciativa. Impartieron conferencias dieciséis profesores y acudieron veintinueve alumnos. Entre los primeros cabe mencionar a fray José López

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Ortiz, Juan Manzano y Manzano y Antonio de la Torre y del Cerro, que habla del alto nivel científico de los colaboradores que Vicente Rodríguez Casado había podido congregar. Aunque las descripción del "espíritu rabideño" no escasean –véase el voluminoso *El espíritu de La Rábida*, de Fernando Fernández Rodríguez (1995)– el autor recoge una cita muy significativa del filósofo Leonardo Polo: «Yo aprendí a ser universitario, lo puedo decir, sinceramente, cuando conocí a don Vicente Rodríguez Casado. Encontrarse con un verdadero universitario en España, allá por los años 40 después de la guerra civil [...] constituía un acontecimiento muy afortunado. [...] No estaba de acuerdo con él en casi nada; yo tenía mis ideas y él las suyas, pero él me enseñó a tomarme en serio la Universidad. Porque la Universidad de la Rábida fue casi un milagro, un invento de don Vicente. Los cursos que se daban eran un pretexto para dialogar». En 1947 la Universidad de Verano de La Rábida pasó a llamarse Universidad Hispano-Americana de Santa María de La Rábida.

El tercer capítulo se ocupa de la organización y desarrollo de la primera Asamblea de Americanistas, celebrada del 24 al 27 de noviembre de 1943, tomando ocasión de las Leyes Nuevas sobre Indias de Carlos V de 1542-43. El autor da relevancia a la Junta General de la Delegación en Sevilla del CSIC como motor de la Asamblea, cuya alma era de nuevo Vicente Rodríguez Casado. Se presentaron cuarenta y tres trabajos, de los que se publicaron diecisiete, dando origen en algunos casos a verdaderos clásicos del americanismo: Venancio Carro, *La teología y los teólogos-juristas españoles ante la conquista de América* (publicado en 1944), Constantino Bayle, *El Protector de indios* (publicado en 1945), un trabajo de Manuel Giménez Fernández sobre las bulas alejandrinas (publicado en 1945). La Asamblea, a pesar de la falta de conferenciantes internacionales, impedidos por los eventos de la Segunda Guerra Mundial, fue un éxito. En una carta del ministro de Educación a Rodríguez Casado deseaba a la Escuela «para bien de España y de nuestra historia una fecunda vida saludable» (p. 148).

El siguiente capítulo tiene un carácter misceláneo. Se titula "Desde la cátedra" y recoge documentos varios del periodo 1942-1949. Resultan muy interesantes dos informes manuscritos autógrafos del profesor ceutí, donde describe el ambiente sevillano que se encontró. No deja de reconocer que «a los 24 años resulta un poco fuerte hasta el ser catedrático» (p. 152). Al referirse muy subjetivamente a algunos profesores, denota sus prioridades: de uno dice: «no formó escuela» (p. 155), y de otro: «profundamente religioso influye en sus alumnos» (p. 156). Se habla también de diversos tribunales a cátedra en los que Rodríguez Casado participó, para él de capital importancia para promover profesores para la Escuela. Por encima de la multiplicidad de gestiones miraba alto, como se muestra en estas frases de una carta de 1949 a Jaime Vicens Vives: «Necesitamos renovar los estudios históricos en España, y por eso opino que debemos unir nuestros esfuerzos, ayudándonos mutuamente todo lo que podamos» (p. 200).

El quinto capítulo se ocupa de la Segunda Asamblea de Americanistas, celebrada del 1 al 5 de octubre de 1947, justo después del correspondiente curso de La Rábida, el mes precedente. Fue también un éxito, con la gran diferencia respecto de la I

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Asamblea de la presencia extranjera. Destacamos algunos personajes que después serían referencias historiográficas en sus países: Jorge Ignacio Rubio Mañé y Josefina Muriel (México), Robert Ricard (Francia), Richard Konetzke (Alemania). El director de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos, anfitriona del evento, era Cristóbal Bermúdez Plata.

El último capítulo se rotula "Punto final", y es donde el autor expone su apreciación personal de esos primeros años sevillanos de Vicente Rodríguez Casado. Se trataba, comenta, de años indudablemente difíciles, por la cercanía del final de la Guerra Civil (1939), el inicio del franquismo y la Segunda Guerra Mundial. De nuestra parte podemos añadir que fueron años de oportunidades, de caminos por andar, de coyunturas inéditas. Y Vicente Rodríguez Casado, con sus dotes humanas (perseverancia, realismo, afán de cultura, sociabilidad, etc.), y con una honda vida espiritual –más difícil de aprehender pero real–, no dejó pasar la ocasión.

Como ha demostrado el autor, Rodríguez Casado fue el promotor ejecutivo principal de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos (1942), de la Universidad de La Rábida (1942) y de las Asambleas Americanistas de 1943 y 1947, pero por decisión propia no figuró en ningún caso como director, rector o presidente de esas iniciativas; se consideraba una persona demasiado joven y nueva en el ambiente sevillano, por lo que la jefatura oficial de esas iniciativas podía ser contraproducente. Sin embargo, la correspondencia y demás documentación citada en este libro señalan que fue él quien llevó el peso de las gestiones, ayudado ciertamente por colaboradores. Termina Vicente Rodríguez García ofreciéndonos su pensamiento sobre las relaciones de Rodríguez Casado con el régimen franquista. Tuvo buenas relaciones personales con el Generalísimo –no lo menciona, pero no se puede olvidar el peso del generalato de su padre, muy activo en la última fase de la Guerra Civil– pero no fue en modo alguno un "hombre del régimen". Es más, las peores persecuciones e injusticias que sufrió fue debido a hombres del régimen de Franco, aunque se produjeron en años posteriores a los tratados en el libro.

La obra que comentamos, en fin, tiene la peculiaridad de tratarse de un trabajo "mixto" entre la archivística y la historia. Resulta imprescindible para conocer los aspectos académicos del personaje en el periodo estudiado. Recomendamos vivamente que pueda ver a la luz un Inventario del AGUN/VRC/FS para facilitar el trabajo de los investigadores de un personaje tan interesante.

Luis Martínez Ferrer

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei